

—¡Sí, Juan!, pues no quiere a otro.

—Pero eso es imposible—murmuró Hubert—. ¡Ah!, ¿vino usted aquí a burlarse de mí? ¡Cuidado!

—Nada lo impide, si Juan consiente en vivir aquí en calidad de «príncipe consorte»... Ya se arreglará todo para que Odette se escape y Juan se lleve a Odette... Tan sencilla es una cosa como la otra... Usted comprenderá que no titubearé entre Odette y la muerte...

Hubert estrujó la mano de la gitana.

—¡Calixta! ¡Calixta! Usted no ha venido a decirme estas cosas sin un plan..., sin un propósito...

—¿Mi plan? Es tan sencillo como el suyo—susurró fríamente—. Es preciso que Juan muera mañana al amanecer.

## CAPITULO XX

Haremos cuanto mal se nos ordene,  
y aún más quizás...

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia.*

**C**UADERNO de Rouletabille: «¡Qué dedalo este de Sever-Turn! Suerte tendremos, y no poca, si salimos de él algún día. Bien sé que tengo la joya cín-gara, que es como un «ábrete, Sésamo» de este laberinto diabólico, pero la he gastado ya mucho, y, además, nadie ignora que es mucho más fácil entrar en un laberinto que salir de él.

»Lo malo es que hay en esta horrible historia otro *signo* que nos es tan fatal como propicio, el que saco de mi bolsillo, y es el *signo* de la corona. Realmente existe y hermoso, ¡dígase lo que se quiera!, y que no es menudo: mayor aún que un garbanzo. Es una corona real, perfectamente dibujada, no menor que la yema del dedo meñique; una corona que nuestra infeliz Odette tiene debajo del omoplato izquierdo.

•Se comprende que no se la haya visto nunca, pues

en Lavardens no se gastan los juegos de espejos que en París suelen verse en las salitas de aseo de algunas coquetas...; pero que nadie le llamase la atención sobre ello, que su camarera no le dijese palabra, que Estefanía me mintiera... he aquí lo que se presta a prolija reflexión...

»Reflexionemos, pues, ya que dispongo de tiempo. Apenas tuve el preciso para desaparecer después de la famosa escena del templo... Seguramente, si a los gitanos no le absorbe la obsesión de su *queyra*, me triturar; pero, como se dice en estrategia, tomé la precaución de asegurar mi retaguardia, y así me fijé en una escalerilla que bordea el tercer pilar de la izquierda, por la cual me fué fácil llevar a cabo con rapidez una hábil retirada.

»Sabía que por ella podía llegar a un terradillo, del cual me descolgaría a un patizuelo en comunicación directa con el exterior...

»Sólo tenía que subir unos veinte peldaños. Quiso mi buena o mala estrella que en cuanto me lancé a subir oyese lentos pasos por encima de mi cabeza, y en vez de subir, bajé... bajé tanto, que pronto me vi en los cimientos del edificio, y, como seguía oyendo cada vez más cerca los pasos, eché a correr por el primer pasillo que vi... De pasillo en pasillo y de sótano en sótano, al cabo de unos minutos me vi en el palacio de los patriarcas. Este enorme edificio debe de ser tan viejo como el mundo... En todo caso com-

prueba cuánto se ha escrito sobre la arquitectura subterránea de las fortalezas de la Edad Media y sobre las precauciones tomadas por los dueños para poder vivir en los sótanos en momentos aciagos, o bien disponer de fácil huida a la campiña de los alrededores.

»Corre parejas con la lobreguez infausta de la mazmorra un hedor particular de azufre, que sólo he percibido aquí. Los subterráneos de Sever-Turn son la madriguera del diablo. No iba a ceder a la impresión de este laberinto, por lóbrega que fuese, después de haber pasado *con dignidad* por los calabozos del señor Gaulow. De trecho en trecho, una lamparilla arde en una linterna adosada a la pared... De pronto, una puerta, o más bien una reja, tras la cual veo una escalera, de lo que colijo que es frecuente el tránsito por aquí. Con tal esperanza aguardo los sucesos escondido en un vano, al que me he acogido.

»Hace una hora ya que espero... Sí; espero que alguien me abra esta cancela *que me separa de Odette*... Espero apoyándome con firmeza «en la buena contra de la razón», que hace un momento por poco se me escapa, y a la cual ahora me agarro con más decisión que nunca.

»También sujeto con no menor fuerza la browning...  
»Que al fin... Oigo de nuevo pasos...  
New-hola, hola! He ahí un noble anciano que no me es  
»Mier-cido... ¡Vamos!, es nuestro querido bibliote-

cario, el ilustre políglota, el mayor sabio de Sever-Turn. Sin duda va a su cuarto después de la ceremonia, pues aún ostenta su uniforme de gala... su dalmática de anchas mangas y un birrete con ínfulas, traje con el que parecen estos ancianos del gran Consejo diablos bizantinos... Estos suntuosos oropeles no deslucirían una colección del barrio de Poissonnière y podrían serme útiles para alimentar más adelante un grato recuerdo... ¿Llegaremos a entendernos? Por él, lo espero...

»Es notable que estos encopetados dignatarios, a pesar de la solemnidad de sus funciones, conserven en su cara y en sus modales cierto aire astuto y chancero peculiar de la Raza... Ya observé esto en el mismo Feodor... Por patriarca que sea, no hay que olvidar que es el patrono de los *Balogards*, que en el género humano no tienen iguales y semejantes en el arte de la superchería. Este que se acerca no parece temible, a juzgar por su cara. Más bien parece truhán que malvado: delata más astucia que ferocidad. Sus ojos negros y vivos, su mirada cínica, la sonrisa sardónica, perenne en sus labios, le dan cierto tono *sutil*, que me tranquiliza... Quizás fué chalán antes de ser bibliotecario. En todo caso dió, sin duda, mucho que hablar en ferias y mercados. Ea, trabemos con versación.

»¡Bien! Este querido bibliotecario nos ha entedebe en seguida a mí... y a mi browning... Sólo meo com-

dido que le ate de modo adecuado... de suerte que nadie pueda acusarle de complicidad en mi empresa, y me ha suministrado con su traje un poco complicado y sus ínfulas los lazos precisos para ello... Me ha obligado a prometerle también, cuando le hube dejado en el vano que fué hasta ahora mi refugio, que vuelva a buscarle allí lo más pronto posible, que le devolviese la dalmática, que tiene en gran estima, al parecer, y que a nadie contara el lance, si la trama de los sucesos permitía no divulgarlo...

»Cuando todo se lo concedí, me recompensó dándome, además de la llave de la cancela, algunas útiles instrucciones para que no me perdiera en aquel dedalo... ¡Hasta la vista y gracias!...»

Aquí hay un blanco en el cuaderno, y luego siguen las notas:

»No tropecé con ningún obstáculo... Gran agitación en el palacio; la instalación de la *queyra* lo puso todo en vilo... Me aprovecho del desorden para escurrirme por los cuartos... Sorprendo a Calixta en el momento en que desuella a Zina... La dejo allí medio muerta al pie del gineceo... ¡Con tal de que no la haya rematado No...; respira aún... Estas viejas gozan de una vida resistente a toda prueba... La levanto... la acaricio... Abre los ojos y procuro que me reconozca...

»—Ahora me toca curarla a usted. Acuértese de New-Wachter...

»Mientras restaño sucintamente sus heridas, trabo

con la vieja una conversación muy interesante... Me entero de lo que acaba de ocurrir en el calabozo de los condenados a muerte... ¡Pobre Juan! Pero, como siempre, primero Odette. Y la vieja, apoyándose en mí y a rastras, me lleva al cuarto de la *queyra* por los pasillos de la servidumbre... ¡He visto a Odette!

(Hay aquí unas líneas cuidadosamente tachadas, como frecuentemente hacía el repórter cuando confiaba al cuaderno, al correr de la pluma, impresiones sobre la señorita de Lavardens.)

«Dejo a Odette con Zina... a pesar de sus ruegos, pues la vieja de nuevo la infundió pavor. Realmente, aquella vieja desgredada, ensangrentada, con su mirar de loca, que hipnotiza a Odette, causa espanto... Quise quedarme, pero me arrojó: «Vete, vete; necesito quedarme sola con ella.» Y huí para no oír más *el suspiro angustioso, el extraño jadear de la pobre niña, tan incapaz de oponer resistencia a la mirada de Zina, como la paloma al ojo circular y fijo del gavilán...*»

(Otro blanco, y más abajo estas líneas:)

«¡Esa Calixta! La columbré en la puerta al salir de un conciliábulo con Hubert, que parece aquí ya hospedado. Se le acercó una vieja parecida a Zina, que besó los pies y manos de Calixta y le masculló al oído unas palabras con voz enronquecida, que salía de su boca desdentada como el canto de un sapo... «Esté usted tranquilo—dijo Calixta a Hubert—. Esta colma nuestros deseos... *¡Si pudiese matar al rumi dos veces!*»

»Decididamente es preciso que me ocupe de Juan al punto... Sí; es menester, cueste lo que cueste, ganar unas horas...»

(Otro blanco, y luego:)

«No he perdido la noche... Me lo he jugado todo para decir dos palabras a Juan a través de la reja de los condenados a muerte... dos palabras muy provechosas...»

»Por la mañana he visto que el botones del hotel de los Balkanes llevaba un pliego para Hubert... ¡Ojo! ¡Ojo a *El Pulpol!*»

## CAPÍTULO XXI

UNO DE LOS MODOS USADOS EN SEVER-TURN DE SUMINISTRAR PAN A LOS ENCARCELADOS

EN la mañana siguiente al día en que vimos la realización de tan magnos sucesos en Sever-Turn, el señor Nicolás Tournesol estaba afeitándose en su habitación del hotel de los Balkanes, cuando de pronto se abrió bruscamente la puerta y apareció Rouletabille...

— Señor Nicolás Tournesol, ¿me permite?

— Señor Rouletabille...

— ¡Ah, señor! ¿Me conoce usted?

— Señor, conociendo, como conozco, a todo el mundo, sería sorprendente que no conociera al más célebre repórter de Europa... Siéntese usted, pues, mientras termino mi aseo... no me molesta usted... Ya le vi a usted... Le vi ayer en la basílica de Sever-Turn, y a fe mía que celebro verle hoy aquí, pues creí que no le vería ya más... Ha de saber usted, señor, que

estas gentes le llevan a usted entre cejas; debo aconsejarle a usted que tome las de Villadiego.

—¿Villadiego?

—Sí... Un país hipotético... ¿No me entiende usted?

—¡Oh, sí, sí; encantador! Dispéñeme usted.

—No hay de qué... Esa es una expresión como los chistes provincianos que hacían los Gaudissart... Señor, yo soy el último viajante de comercio... Y vendo de todo... Soy el elemento arterial, me atrevo a decir, del fabricante, del consignatario, del comerciante al por mayor, el *vade semper de todo, de los desechos* y de los saldos... Permítame, señor, que le convide a algo... ¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita?

—¡Se trata de un grave asunto, señor! Vengo a buscarle a usted como francés. Usted es aquí el representante de Francia, señor Tournesol...

—Dios mío—exclamó Tournesol, modesto por primera vez en su vida—, yo represento más bien una buena marca de champán...

—He aquí, señor, de qué se trata, y usted me comprenderá en seguida... Ya que usted presencié los sucesos de ayer, huelga subrayarle que un francés, el señor Juan de Santierne, ha sido condenado por el Consejo Supremo a ser encerrado en un calabozo, para morir allí de hambre...

—Señor, esto no ha ocurrido en mi presencia; pero en fin, lo creo por su palabra... No., no asistí a la con-

denación de ese desgraciado joven, pues llegué al templo en el momento de la proclamación de la reina, contra cuyo acto le vi a usted protestar con energía...

—Señor Tournesol... Se está perpetrando un doble y abominable crimen.

—Es posible—repuso el señor Tournesol anudándose la corbata y haciendo visajes en el espejo—. Todo es posible *en política*.

—Señor, vengo ahora de casa del cónsul de Valaquia, que me ha contestado exactamente lo mismo que usted; esto es, que todo es posible en política; respuesta que, ciertamente, no me ha sorprendido.

—¡Cuánta razón tiene usted, señor! Si nosotros interviniésemos en la política interior de los pueblos, no habría posibilidad alguna de relaciones internacionales... El comercio se paralizaría...

—Se suspendería la venta de champán...

—¡Ay, señor! ¡A quién se lo dice usted! A poco la política me arruina... *¡Si no se llega a encontrar a la reina!*

Rouletabille se levantó para marcharse. Tournesol le detuvo.

—Pero no se vaya usted así... Le aseguro que si en algo puedo servirle...

—No; no puede usted servirme. Al salir de la casa del cónsul de Valaquia, pregunté en el hotel si había aquí un francés. «Sí—me dijeron—, hay uno: el señor

Tournesol. > Pues bien, señor, me engañaron; aquí no hay un francés, sino un viajante internacional de comercio. Como no he de comprarle nada, me marchó... Adiós, señor Nicolás Tournesol.

—Señor Rouletabille—exclamó el comisionista, desconcertado ya por los remordimientos, porque en el fondo, bajo sus apariencias un poco cínicas, el señor Tournesol tenía el mejor corazón del mundo—, por Dios, no me deje usted así... Sí; lo que se está urdiendo es abominable... y yo quiero ser su amigo... y quiero ayudarle, por funestas que sean las consecuencias para mí. ¿Qué he de hacer?

Rouletabille se volvió y le estrechó la mano.

—Es usted un valiente—le dijo—y ya no dudo en confiar en usted. ¡Comprendo su situación! El caso es que, sin culpa por parte de usted, sus intereses son opuestos a los nuestros.

—No me hable usted de mis intereses, señor. Me avergüenzo de haber reparado un momento en ellos tratándose de dos desgraciados jóvenes... de dos franceses. A fe de Nicolás Tournesol... soy el hombre que usted busca.

—Señor, me entrego enteramente a su buena fe... ¿Es cierto que está aquí una señora de Meyrens?

—Sí; una mujer encantadora, exquisita, con la que ando muy bien por cierto y con la que espero... En fin, señor, sin ser indiscreto... al cabo un parisién me dis-

culpará... no he de ocultarle que si me ve tan atareado en mi aseo... (y al decir esto el señor Nicolás Tournesol, un poco sonrojado, echó unas gotas de esencia en el pañuelo).

—Pues bien, señor Nicolás Tournesol, la señora de Meyrens es mi peor enemiga.

—¡Diablo! Sí que es un contratiempo.

—Si usted conociera mejor a esa señora—siguió diciendo Rouletabille—, ya se habría preguntado qué ha venido a hacer en Sever-Turn.

—Por Dios, señor Rouletabille, no soy tan curioso; y tratándose de una mujer encantadora, me basta con que acepte...

—Comprendido, comprendido... Pero como sé que ha venido aquí para perderme y perder a mis amigos, usted, a su vez, comprenderá que yo he de ver las cosas en otro aspecto... No se encele usted, pues, señor Tournesol, si le ruego que me indique el cuarto de esa sugestiva señora y si entro en él para obtener una explicación quizás definitiva.

—Señor—replicó el comisionista con gracejo un poco triste, pues Rouletabille, a la postre, acababa de trastornar muchas cosas—, si usted para entrar aquí no tuvo más que empujar un poco la puerta, ello fué así porque estaba sólo entornada, y estaba entornada porque, mientras me afeitaba, no quitaba ojo de la puerta del cuarto de la señora de Meyrens... ¿Estamos? En ese segundo del pasillo, ahí enfrente.

—Gracias, señor—dijo Rouletabille—. Oiga lo que oiga, le ruego que no intervenga.

—¡Oh!, señor, nada diré, pues voy a bajar en seguida... Me desesperaría estorbarle. Sólo le ruego que no diga a esa señora, para mí sugestiva, se lo repito, que yo le he indicado su cuarto. En realidad, no creo, señor, que sólo por obtener de mí este informe, que le hubiera podido facilitar cualquier camarero, haya venido usted a buscarme.

—No, señor Tournesol; vine para confiar a usted este precioso depósito.

Y Rouletabille le entregó un paquete, bastante voluminoso y cuidadosamente cerrado, en cuyo sobre se leía:

«Para remitir a París y entregar directamente al ministro de Estado.»

—Sepa usted, señor Tournesol—empezó a explicar con calma el repórter—, que desde que llegué al patriarcado me ha sido imposible comunicarme con otro país, y en el combate decisivo que vamos a entablar con la vieja barbarie, tenemos mis amigos y yo, de ciento, noventa y nueve probabilidades de perecer. Merced a usted, señor, mi país se enterará del crimen cometido contra tres compatriotas, y el mundo sabrá cómo murieron el señor Juan de Santierne, la señorita Odette de Lavardens y su servidor, José Rouletabille.

Conmovido por tal confianza, iba a decir el señor

Tournesol algunas memorables frases, cuando Rouletabille llamaba ya a la puerta del cuarto de la señora de Meyrens.

El comisionista le vió entrar.

—¡Caramba! Va a ocurrir alguna villanía que no me concierne. En espíritu estoy con este joven; pero el corazón me arrastra a la señora... ¡Y qué cosas más desagradables me ocurren esta mañana!

Y huyendo de mezclarse en este negocio, al cual le ataba demasiado, según él, su buen corazón, bajó al bar, después de dejar bajo llave el precioso depósito de Rouletabille.

Había ya apurado varios *cocktails*, rumiando sus pensamientos, cuando por la ventana recayente a la acera del parador columbró, bajo la bóveda de una sedería y ante un escaparate de muestras, a la señora de Meyrens, que estaba comprando telas a un judío sirio.

—¡Tate!—se dijo Tournesol—. Ya caigo...

Y cuando se disponía a ir al encuentro de la citada señora, vió cómo ésta se despedía del judío sirio y fué a dar una palmadita en la espalda de un joven extranjero que a duras penas se abría paso entre la muchedumbre... El joven parecía encaminarse hacia el hotel. El hombre y la mujer entraron juntos. La señora de Meyrens, con el velo desprendido, andaba con rapidez.

Iban tan preocupados que pasaron junto al comisionista sin reparar en él. En fin, vió claramente el se-



ñor Tournesol que la señora de Meyrens llevaba al extranjero a su cuarto.

—A mí solo no se franquea esa habitación—se dijo el infortunado Tournesol.

Y de pronto, golpeándose la frente, agregó:

—Pero si yo conozco a ese fantoche... Si es el que ha devuelto a la *queyra*... ¿Qué ventilará la señora de Meyrens con este aventurero?

Lo primero que dijo a Hubert la señora de Meyrens cuando estuvo a solas con él en el cuarto, cuya puerta cerró cuidadosamente, no fueron gratas cortesías:

—Le he llamado porque sé lo que ocurre en palacio, donde no hace usted más que tonterías... Usted no poseerá jamás a Odette a la fuerza, querido...

—¡Oh!—exclamó Hubert con amargura—, ni a la fuerza ni de ningún modo... Bien lo sé; pero nos vengaremos.

—¿Qué vale la venganza que no le da la victoria?—subrayó *El Pulpo*—. Voy a indicarle el medio de lograr a Odette... Bastará que usted le diga: «Juan va a sufrir la muerte más atroz. No le perdonarán ninguna tortura; pero se salvará si te avienes a ser mi mujer... Lograré que se le ponga inmediatamente en libertad.»

Hubert dió un brinco al oír estas palabras:

—Si no es demasiado tarde...

—¿Qué quiere usted decir?

—Calixta ha debido suministrarle esta mañana un pan envenenado.

## CAPITULO XX

¡Ah!, si llega a ser un día mi prisionero,  
no querré que perezca: le querré vivo;  
querré que una dulce venganza calme  
la exaltación que me agita.

*La Jerusalén Libertada: Canto III.*

HUBERT se abalanzó a la puerta para salir de aquel cuarto en el que acababa de oír a *El Pulpo* un consejo que le henchía de esperanzas, pero que, ¡ay!, llegaba quizás un poco tarde. La señora de Meyrens le cerró el paso.

—Cálmese, señor de Lauriac—le dijo con su sangre fría imperturbable, salpicada de ironía, que contrastaba con la agitación turbulenta del antiguo «mayoral» de la Camargue—; si es Calixta la que ha de acabar con Juan, éste aún no ha perecido. A pesar de ser su verdugo, ya verá usted cómo la gitana idea el medio de salvarle... ¡Suministrar a Juan un pan envenenado! A la postre, ella sí que se envenenará. Ya lo minab usted...  
¿o le conoce usted: transpira venganza por todo le pa

dos sus poros. Si le dijese a usted que el hecho ya ha ocurrido esta mañana...

—¿Qué hecho?

—Calixta logró hacer llegar a manos de Juan un pan envenenado.

—¿Y qué?—preguntó *El Pulpo* sin emoción aparente.

—Juan se negó a probar el pan.

—Pues bien, estése usted tranquilo... ¿A qué ese desasosiego? Ya ve usted que nada hay perdido.

—Pero, desgraciadamente... usted no sabe lo que urdió Calixta. Viendo frustrada la primera tentativa, apeló a otro intento, haciendo llegar a manos de Juan el pan con la contraseña de Odette, la cual, naturalmente, exige a todas horas que lleven alimentos a su querido prisionero.

—¿Calixta conoce la contraseña?—preguntó con un cambio en el tono de voz la señora de Meyrens.

—¡Oh!, debe de conocerla...

—Ea, pues, corra usted...—exclamó *El Pulpo* temblorosa.

El señor Nicolás Tournesol, que continuaba muy melancólico en el bar apurando el cuarto *cocktail*, vió con honda satisfacción cómo pasó ligero ante sus ojos aquel singular aventurero que acababa de permanecer encerrado con la señora de Meyrens, h la cual Tournesol se sentía cada vez más atra un despecho de cuanto se decía de la dama y c'

le había informado Rouletabille. El extranjero atravesó veloz la sala, abriéndose violentamente paso entre la muchedumbre que llenaba el parador, atropellando a no pocos y recogiendo las maldiciones de una turba de cíngaros atentos al espectáculo de dos músicos que ajustaban tonos y cuentas a punta de cuchillo.

Subió a caballo de un salto, y escapó, derribando cuanto se le ponía por delante. En aquel momento, el señor Tournesol reparó que tenía a su lado a Rotletabille.

—¡Qué prisa lleva!—dijo al repórter, señalando a Hubert, perseguido por el vocerío del populacho—. Y usted, ¡qué pálido está! ¿Qué le ocurre?

—Me ocurre que acabo de oír la conversación de la señora de Meyrens y de este miserable—le respondió el periodista con el más lúgubre de los tonos—. Es preciso que usted sepa cómo se llama ese hombre, para que usted pueda dar fe más tarde si las cosas *acaban mal, y yo con ellas...* Se llama Hubert de Lauriac, muy conocido en las Camargues. Obra suya es, en parte, el crimen que le he denunciado a usted, y el mundo, al parecer, contempla impotente. Ya que usted ha presenciado la llegada de la *queyra* al templo, huelga que le entere de más... Sepa, además, si usted no lo ha adivinado aún, que auxiliar suyo en la abominable empresa es esa señora de Meyrens, que a usted le parece tan encantadora... ¡Ah!, señor Nicolás

Tournèsol, no se fie usted de las mujeres. No se ocupe más de la señora de Meyrens...; éste es el último consejo que le doy.

—A fe mía, que tiene usted razón. Sentía la comezón de ir a verla... pero la veo más propicia a atender a sus cosas que a oír mis frivolidades. Y, además..., me va por la cabeza que se burla de mí... Tiene un modo de mirarme con el rabillo del ojo, como si le pareciese un poco... sí... un poco ridículo. Esto molesta siempre a un enamorado. Afortunadamente... no estoy del todo enamorado. Hasta la vista, y gracias... pero ¿adónde va usted? Seguramente, si llegan a reconocerle, señor Rouletabille, va a pasar usted un mal rato. ¿No teme usted que le encarcelen?

—Sí—contestó Rouletabille—; eso espero.

Y salió del hotel, encaminándose a palacio. Su paso era lento, y su palidez extremada. Como dice en su cuaderno de notas, en aquel momento estaba en manos de los dioses.

*Cuaderno de Rouletabille:* «En esta hora no tengo más remedio que dejar obrar al destino. Todo cuanto concierne a Odette, como lo que se refiere a Juan, ha de cumplirse. Perecen o se salvan. No está en mi mano decidirlo... O el éxito corona mis medidas de ayer, o mi obra queda reducida a la nada... ¿A qué apresurarme? ¡Ay!, me temo la catástrofe... No se me ocurrió que pudieran abrigar la infernal idea de pedir a Odette esa maldecida carta... ¿Ha rechazado Juan

todo alimento a pesar de la misiva? En esto estriba todo. Quiero creer que sí. Al descubrir el execrable conato de Calixta y de Hubert, esta noche, tuve la suerte de poder acercarme a Juan unos segundos, y decirle a través de la reja: «No pruebes nada de lo que te traigan a escondidas. Quieren envenenarte.» Pero ¿qué hará si le llevan con el pan unas letras de Odette? ¿Habrá ya terminado todo? Ahora bien: la muerte de Juan es la muerte de Odette. Ya no me llamará en su socorro... Ya no me gritará: «Ven, querido Zo.» Me siento fatalista. También yo navego, al parecer, entre la vida y la muerte con espantosa indiferencia. Todo me es igual, habiendo hecho ya cuanto podía hacer. ¡Sorprendente destino! Ahora la vida de Juan y de Odette está en manos de Hubert... ¡Con tal que llegue a tiempo!»

En aquel momento Hubert llegó como una tromba a palacio, y cayó sobre Calixta, que se negaba a recibirle, abriendo violentamente la puerta a pesar del vocerío de la servidumbre, soliviantada. Tropezó allí con una mujer, a la que no reconoció. Brillaban en su cara de mármol ojos de loca, y su cuerpo, inmóvil y rígido, yacía tendido en tierra, como una estatua derribada. La mujer clavó en él una mirada ardiente, de indecible odio. Hubert comprendió que todo había acabado, que se había consumado el crimen y que nunca se le perdonaría la muerte de Juan.

—¿Ya no hay remedio?—exclamó jadeante.

La mujer no le respondió; permanecía inmóvil. Se la creería muerta, sin las ascuas de sus ojos terribles. Y quién sabe si se había también envenenado, esperando su fin simultáneo con otra muerte.

—Por nuestra culpa lo perdimos todo—le dijo a gritos a Hubert—. Hemos sido unos estúpidos. Debí haber prometido a Odette la vida y la libertad de Juan a condición de que se me entregase... ¿Llegué tarde?

La mujer se irguió, o más bien brotó como un tallo del lecho florido de tapices y almohadones en el que prolongaba, al parecer, su agonía; llamó y dió órdenes a las mujeres, que en seguida se dispersaron alocadas, y a poco vióse que se acercaba un criado con el gorro encasquetado hasta las orejas, los párpados cargados, colgante el belfo y con muecas de esclavo. Por él se enteraron que Juan, leída la carta de Odette, tomó el pan... Lo ocultó entre la paja del calabozo, porque en aquel momento llegó otro guardián, y a poco Andrés.

Calixta lanzó el mismo grito que la señora de Meyrens.

—Corre—le dijo con voz enronquecida—. Avisa al guardián que se le recoja el pan... Si lo toca, peces...

Ahora bien; Juan, en ese momento, aprovechándose de la salida del guardián al fúnebre pasillo, púsose a releer la carta de Odette:

«Querido: No desesperemos. Siempre hay almas buenas, hasta en este horrible país... Ya podré suministrarte algún alimento, amor mío. Me dicen que no quieres comer... Te ordeno que comas... Es menester que vivas por mí, como yo consiento en vivir por ti... Dios no nos abandonará. Apelaré al pueblo si el patriarca no me escucha. Soy la *queyra*. Tú también has de obedecerme... Juan mío, esto es un horrible sueño. No olvidemos que alguien está cerca de nosotros... Tengo confianza... Te adoro.»

Juan besó la carta, la escondió en el seno y fué a buscar el pan entre la paja... Y empezó a comer...